

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	4 reales.
Por tres id.	11 »
Por seis id.	21 »
Por un año.	40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion y Redaccion, dirigirse al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administracion.	13 reales.
Por seis id.	25 »
Un año id.	50 »
ESTRANJERO, tres meses.	30 »
ULTRAMAR, un año.	6 pesos.

Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

ADVERTENCIAS.

Los suscritores de provincia que tenían pagado hasta fin de julio, y que por la próroga del tiempo de suscripcion termina su abono en fin de octubre, se servirán renovarlo oportunamente antes de repartirse el primer número de noviembre.

El medio más fácil es por el Giro-Mútuo, puesto que ya se admiten cantidades inferiores á 100 reales, ó en sellos de franqueo.

Los comisionados de suscripcion y venta que tengan cuentas pendientes con esta Administracion, podrán remitir su importe á fin de mes, sino quieren experimentar retraso en el recibo del periódico.

LO QUE CORRE POR AHÍ.

No seré yo quien niegue los sorprendentes adelantos de la frenología.

Coger la cabeza de un prójimo, examinarla por detrás y por delante, tentarla con detenimiento y exclamar enseguida: «este hombre es un músico, ó un dentista, ó un enemigo del orden;» me parece tarea tan útil por lo ménos como la fotografia aplicada á las doncellas de servir.

Acabo de ver en los periódicos una prueba palpable de los alcances de la frenología.

Un artículo escrito por el célebre Sr. Cubí ha venido á dar el gran *cachete* á mis extravagantes desconfianzas.

El Sr. Cubí cuenta que, en sus viajes por Galicia, conoció á la madre del Sr. Mendez Nuñez, y valiéndose de su ciencia frenológica hace las siguientes observaciones:

«Acerqueme respetuosamente á esa venerable señora. Miré su cabeza, y sin apenas tocarla, quedé convencido que indicaba la manifestacion de una mujer extraordinariamente notable por su buen criterio, por sus profundas afecciones domésticas, por su alta innata moralidad, por su dignidad y firmeza, á la par que modestia y sencillez de carácter, por su elevada inteligencia y por su talento administrativo.

«A ella solamente le dije: la cabeza de Vd. indica que es Vd. digna madre de nuestro gran marino don Casto Mendez Nuñez.»—«Dios así lo ha querido,» repuso ella con modestia.—«Sea para siempre alabado Dios.»

¡Admirable ciencia!

Lo que no acertó á explicarme es el motivo que tuvo el ser Cubí para decir á ella solo que era digna madre del Sr. Mendez Nuñez.

¿Temia que el secreto se divulgase?

La noble señora se quedaria probablemente sorprendida del descubrimiento del Sr. Cubí, aunque hay más de una razon para creer que lo sospechaba hacia tiempo.

¡Madre del Sr. Mendez Nuñez! ¡Noble y virtuosa señora! Todo esto lo sabrian sin duda los vecinos del pueblo, antes que el Sr. Cubí mirase su cabeza, al ménos así lo creen algunos.

Sin embargo, no faltarán descontentos que exclamen:

—Hombre, todo lo que dice el Sr. Cubí, puede decirlo cualquiera, sin auxilio de la frenología.

Pero, ¿quién hace caso de los ignorantes y de los envidiosos?

Siguiendo este sencillo procedimiento, pienso ir una noche al teatro del Príncipe, y dirigirme al cuarto del Sr. Romea.

—Buenas noches, D. Julian.

—¿Hola, ¿qué trae Vd. por aquí de nuevo?

—¿De nuevo? Va Vd. á saberlo. Pero antes présteme usted la cabeza por un rato.

—¿Para qué?

—Para dejar á Vd. con la boca abierta.

Don Julian pondrá su cabeza en mis manos, y yo, sin apenas tocarla, como hizo el Sr. Cubí, diré:

—La cabeza de Vd. indica que es Vd. un gran actor.

Figúrense Vds. el asombro de D. Julian; figúrense ustedes con cuánto regocijo contará á todo el mundo que yo, con sólo ver su cabeza he averiguado que es un actor extraordinario, cosa que nadie sabia hasta ahora.

Pero todo esto será tortas y pan pintado en comparacion del asombro que experimentará el empresario al saber por mi boca que tiene en su teatro, como primer actor, á un hombre de tanto talento.

Si despues de lo dicho no me llevan en palmas, confesaré que el Sr. Cubí me arrastra por senderos estraviados á la perfeccion frenológica.

Pero, seamos francos, la frenología no puede engañarse.

Siempre que un gran criminal es condenado, la frenología viene en auxilio de los tribunales diciendo: este hombre es un criminal de marca mayor.

Quizá no sea muy fácil decir á ciencia cierta lo que la frenología hubiera opinado de Vicenta Sobrino antes del crimen que la ha hecho popular.

Es muy posible que, viéndola tan simpática, hubiera creído ver en su cabeza una humilde ciudadana incapaz de romper un plato.

Pero despues que rompió, no un plato, sino el bautismo de su ama, me atrevo á asegurar á Vds. que la frenología, frente á frente de Vicenta Sobrino, exclama muy orgullosa y sin apenas tocarla la cabeza:

—La cabeza de esta muchacha indica que ha matado á su ama.

Inclinemos la frente ante estas profundas revelaciones de los discípulos de Lavater.

Con el mayor interés sigo una polémica que dos periódicos de Madrid han entablado sobre la clase de alimentos que más convienen á los pueblos.

¡Ah, esto parte el corazón!

La *Reforma* y La *Lealtad* se han propuesto hacernos felices hasta el punto de que se nos haga un agua la boca.

Sí señor, á mí me dan ganas de comer leyendo esos articulitos sobre los alimentos.

La *Reforma* sostiene principios muy sanos, y ya estaba yo para declararle vencedor, cuando La *Lealtad* sale diciendo que el comer bien es destruir el hambre y que sin hambre no hay civilizacion.

¿Deberé conformarme con esta teoría?

Yo aspiro á pasar por hombre civilizado, pero no á costa de mi estómago, ¡canario!

No he visto una polémica más suculenta en los dias de mi vida.

El comer bien prolonga la vida—dice La *Reforma*.

El comer mal nos lleva al cielo—contesta La *Lealtad*.

Y yo dudo, vacilo y tiemblo.

El primero intenta salvar al hombre por medio de una buena alimentacion.

El segundo por medio del Santo Oficio.

Para que cada uno pueda defender sus doctrinas con entera libertad y holgura, propongo la creacion de dos periódicos que sustituyan á los sostenedores de la polémica.

La *Reforma* podrá llamarse:

EL GORDO,

PERIÓDICO DEFENSOR DEL CUERPO.

Y La *Lealtad*:

EL FLACO,

PERIÓDICO DEFENSOR DEL ALMA.

Por mi parte me suscribiré á los dos, esperando que uno se coma al otro..... ¡y esa será mi recompensa!

Luis Rivera.

A CAZA DE MARIDO.

I.

—Desengáñate, Julia, me dijo una noche mi tia; en Madrid, no has de hallar quien cargue contigo: esta es la tierra de la tradicion, y tu *solterismo* va siendo tradicional. Sin fruto te sacó diariamente á montería de novios: cuando los despreciabas te perseguian, y ahora que los persigues te desprecian.—En el Prado, en la Castellana, en los Campos, no hay quien desconozca mi facha ni tu fecha. Tu cara desmiente en vano á tu fé de bautismo. Todos saben que tienes veintidos años..... cumplidos en 1858, y que si hubieras sido tan invariable en tus amores como en tu edad, otro gallo te cantara.—No te forges ilusiones y sigue los consejos de mi experiencia. Para tu mal no hay más remedio que mudar de aires: vámonos á veranear, y mal ha de ser que en las playas del Norte no pesquemos algo. Quizá sin llegar allá demos con lo que buscamos; que de las apreturas de un tren he visto yo salir más de cuatro matrimonios.

II.

El coche donde entramos estaba ocupado por dos recién casados que iban á pasar en Portugalete la luna de miel, y por dos clérigos que iban á pasar la cánicula en Deva.

Segun puede verse por este inventario, no se presentaba bien la pesca por entonces.

Así llegamos á Villalba: los recién casados iban ponderando la poesía del mar, y los clérigos encomiando las delicias del chacolí.

En Villalba subieron á nuestro coche dos nuevos viajeros. Frente á mi tia se colocó una vieja que en vano procuraba disimular sus setenta navidades bajo un muro de albayalde y bajo una peluca monumental. Alta como un pino, seca como un espárrago, seria como un oficio de difuntos, su rostro boquifruncido y barbisaliente parecía el busto de una medalla romana, acuñada en conmemoracion del profundo desprecio que los presentes le inspirábamos.

Su *adlatere* (quizá su hijo—quizá su nieto) era un jóven de veinticinco años, dulce, tierno, delicado, como un merengue de la Dulce Alianza.

¡Dulce alianza!... Esta concordancia de sustantivo y adjetivo resumia con admirable laconismo la nube de ideas que levantó en mi mente la presencia de aquel jóven.

III.

¡Qué ojos tenía, lectoras de mi alma! Por vuestra paz ruego á Dios que jamás tropeceis con otros tales.

Mucha dicha es para mí que el papel no se ponga colorado, porque eso me permite confesar á Vds. que desde aquel punto no se apartaron los suyos de los míos—ni los míos de los suyos.

El tren iba caminando á toda máquina y el amor á toda vela. Al llegar al Escorial, el jóven me devoraba con

los ojos; al pasar por Robledo, me tocaba con la rodilla; al entrar en el primer túnel de Guadarrama, me pisaba el pie con una presión de veinte atmósferas.

Yo no sé cuántos túneles hay entre Robledo y Naval-moral; solo puedo decir que al entrar en el último, nuestro amor había subido por grados del pie á la mano, y que el joven, inclinándose para recoger el pañuelo que adrede había dejado caer, me oprimía los dedos con una fuerza, que hacía tanto honor á su pasión como á su sistema muscular.

Sin duda el ingeniero de la línea no había tomado en cuenta para las dimensiones de su túnel la duración de un apretón de manos amoroso, porque al volver de nuevo á la luz, mi tía me dirigió con el codo una insinuación espresiva, y la compañera del joven desplegó por primera vez los venerables labios para decir por vía de aparte:—«¡Estos túneles me rrrrreventan!!!»

IV.

Aquellas dos observaciones, tan elocuentes en su concisión, me hicieron volver á la vida real y prestar atención á las conversaciones de nuestros vecinos. Los recién casados seguían ponderando la poesía del mar y los clérigos encomiando las excelencias del chacolí.

V.

En Avila paramos á comer. El joven iba á sentarse á mi lado en la mesa, cuando su compañera, con un ademán digno de la Ristori, le indicó otra silla, diciéndole:

—¡Aquí, Eduardo!—Estas mesas redondas me rrrrreventan.

Eduardo obedeció como un autómatas.

Ustedes pensarán que aquella docilidad me disgustó. Nada de eso; siempre he creído que de los hijos falderos salen los maridos mansos, y la resignación de Eduardo era de buen agüero.

Durante la comida, mi tía me dió el parabien y varios consejos, relativos, sobre todo, á las precauciones que deben tomarse al pasar los túneles.

VI.

Volvimos al tren. Al marcar los billetes el dependiente de la empresa, pude ver que Eduardo y su venerable compañera iban, como nosotras, á San Sebastian. La Providencia favorecía mis esperanzas.

Cerró la noche, y cada pasajero se acomodó en su rincón. A la luz vacilante de la lámpara, que alumbraba confusamente nuestro departamento, vi cerrarse, unos tras otros, los ojos de todos, menos los de Eduardo, que seguían fijos en los míos, abrasándose con el fuego de sus miradas.

En materia de narcóticos, el traqueteo de un ferrocarril no tiene igual.... á no ser las novelas de Villoslada. Poco á poco fué dominándome el sueño: mis miradas, antes clavadas en las de Eduardo, perdieron por grados su fijeza; empecé á ver indistintos los objetos que me rodeaban; sacos de noche, bolsas de viaje, sombreros de paja, los balandranes de los curas, la nariz monumental de mi tía, el perfil numismático de mi presunta suegra.... Por último, todos aquellos bultos fueron confundiendo sus lineamientos en mil formas extravagantes.... y me dormí.... y empecé á soñar, ¡Qué sueños, virgen de Atocha! En ellos aparecían mezclados y revueltos los recuerdos de las conversaciones que acababa de oír, la memoria de los sentimientos que acababa de experimentar, y las imágenes de los objetos que acababa de ver.

VII.

Parecióme que estábamos ya en San Sebastian, que Eduardo, con una bolsa de viaje en la cabeza, me apretaba la mano, y que á nuestros pies se extendía un mar de chacolí, cuyas apacibles olas surcaba una escuadra de sacos de noche, en la cual los dos recién casados iban á pescar sombreros de paja. Luego me veía en Avila, puesta de rodillas ante una mesa redonda, y llegaba el fondista puesto de balandrán, y me casaba con mi tía, y ambas íbamos á pasar la luna de miel en un túnel del Guadarrama, entre Deva y Portugalete.

VIII.

Al llegar á este punto de mi pesadilla, di un corcovo y me desperté sin saber dónde estaba.

Iba rayando el día, y á su escasa claridad vi que Eduardo dormía sonriendo. Su pie descansaba sobre el mío y su cabeza sobre el hombro de la vieja, cuyo ros-

tro presentaba un perfil más severo que nunca. Aquel cuadro me tranquilizó y me enterneció á un tiempo mismo. ¡Ay! así dormirían algún día sobre mi hombro los hijos de mi Eduardo, pisando el pie á las futuras Julias del siglo vigésimo.

Sólo un temor me turbaba el ánimo. Eduardo tenía cuando más veinticinco años, y yo cuando menos treinta. ¿No vería su madre en aquella diferencia cronológica un obstáculo á nuestra felicidad?

IX.

El cielo parecía empeñado en disipar todas mis vacilaciones.

Al llegar á Miranda se separaron de nosotros los recién casados.

—¡Qué linda pareja! dijo mi tía viéndolos alejarse: parecen cortados para en uno. La misma gracia, la misma edad....

—Esas niñas sin experiencia me rrrrreventan, dijo la vieja, cortando el panegirico con un gesto de soberano desden.

Créalo quien quiera, pero hasta hermosa me pareció en aquel momento.

X.

Desde Zumárraga donde se separaron de nosotros los curas, hasta San Sebastian, donde debía terminar nuestro viaje, pasamos veintitantos túneles que me valieron veintitantos apretones de manos, é hicieron subir veintitantos grados el termómetro del amor.

—¡San Sebastian! ¡Quince minutos! gritó al fin una voz estentórea.

Cuando hubimos bajado del coche,

—Señora, dijo mi tía dirigiéndose á la vieja: en el Parador Real tiene Vd. una habitación á sus órdenes. Mi sobrina y yo nos honraremos mucho con su amistad y la de su hijo,

—Mi marido, respondió la vieja recalcando las palabras y señalando á Eduardo, sale esta noche conmigo para Loyola, en cuyas inmediaciones tengo un palacio donde pensamos pasar el verano á solas con nuestro amor y lejos de compañías que me rrrrreventan.

Dicho esto se alejó, colgada al brazo de su víctima, con toda la majestad de una Euménide.

Epílogo.

¿Ustedes pensarán que aquel desengaño dió al traste con mis esperanzas? Pues se engañan: por el contrario, desde aquel día comprendí que no puede haber mujer sin salida mientras haya hombres sin decoro.

Para casarme, sólo espero á tener setenta años y un palacio en Loyola.

Federico Balart.

¡HOMBRES, LO QUE SON MUJERES!

¡MUJERES, LO QUE SON HOMBRES!

Postes de las mujeres dicen los hombres, y ellas dicen infamias de los varones; y sin embargo, cuando no se hallan juntos están rabiando. (Perico el Ciego.)

PRIMERA PARTE.

Lo que Ellas dicen de Ellos.

¡Pues no dice que rabiarnos el grandísimo embustero!...

¿Quieres callarte, gandul?

Rabiando por... ¡ni que fuéramos

locas de atar! Si, bonitos

son para rabiarse por ellos,

cuando no hay uno que tenga

corazon, ni que sea bueno!

Todos, toditos están

cortados por un modelo...

y el mejor es un demonio!

Para engañarnos, ¡qué tiernos,

qué rendidos y qué amantes

se ponen, y con qué fuego

nos pintan la horrible herida

que en su corazon han hecho

nuestros ojos! En su boca

somos ángeles del cielo,

y un jardín es nuestra cara,

y redes nuestros cabellos,

donde están los pobrecitos

por nuestros amores presos;

¡mas desconfiad, mujeres!

Al principio son muy buenos,

muy galantes y obsequiosos,

porque todos van derechos

á un mismo fin, y despues...

¡ay! despues del fin es ello!

Entonces el que antes era purísimo caramelo, que de amor se derretía por nosotras, al momento se convierte el muy bribon en odioso tiranuelo.

¡Y se marchan!... ¡y á la luna

de Valencia—¡los perversos!—

nos dejan abandonadas,

sin que los remordimientos

del mal que nos han causado

les hagan volver!...—Pues demos

de barato que hay alguno

que por el camino recto

viene, y hasta el ara llega

donde luce de Himeneo

la tan suspirada antorcha:

ya nuestro incesante anhelo

el éxito más feliz

coronó; ya el lazo eterno

del matrimonio, por siempre

al adorado tormento

nos une; ya enmaridamos

dichosamente, y ya es nuestro

el hombre que nos juraba

amor volcánico, inmenso,

mientras que solteras fuimos.

Y... Capítulo primero:

De cómo el que parecía

una malva y un modelo

de virtud y de honradez,

deseubre un maldito genio,

capaz de agotar de un santo

la paciencia, y es avieso,

y discolo, y camorrista,

y huraño, y altivo, y terco,

y borracho, y jugador,

y absolutista en el centro

de su casa, y liberal

en la calle, y jaranero,

y amigo de picos-pardos,

cuando no de picos-negros,

¡Y sean ustedes buenas!

¡y cuidado no turbemos

la paz del señor marido

con reproches ni consejos

importantes, ni con lágrimas

hijas de mortal despecho!

¡Y cuenta que mantengamos

el honor sin mancha, ileso,

para que el sultan-esposo

en él como en un espejo

se mire, y erguida lleve

la frente, sin el recelo

de que puedan ver en ella

ridículo aditamento!

¡Pues no faltaba otra cosa

sino que dejarán ellos

de tener la hermosa ley

del embudo en su provecho!

¡Y que sufran las mujeres,

que para sufrir nacieron!

mientras ellos... ¡mala bomba

en casados y solteros!

¡Los hombres!... ¡Jesus, qué peste!

¿Nosotras rabiarse por ellos?...!

—¡Juana! ¡Tírale un demonio

si vuelve á cantar el ciego!

Federico de la Vega.

(En el número próximo, la segunda parte, ó sea Lo que Ellos dicen de Ellas.)

MEMORIAS DE UN FÓSFORO.

I.

Estábame yo muy quieto y sosegado en el rincón de la caja donde los seides de Lizarbe me habían metido, cuando sentí que una mano poderosa levantaba la caja en peso.

—¿Son sin ruido? dijo una voz de hombre.

—Sí señor, respondió una voz de fosforero.

En seguida oí caer dos cuartos en la cesta de mi propietario; luego noté que mudaba de domicilio; luego... luego no oí nada. ¡Triste condicion la mía, destinado á dar luz, y no veo á veces!

Pues señor, era indudable que mis momentos estaban contados.

Aproveché un movimiento, mejor diré una sacudida que sufrió la caja, y me coloqué debajo de todos mis compañeros.

Estábamos en el bolsillo de un gaban.

II.

De pronto nos detuvimos. El ruido exterior me indicó que habíamos entrado en el café. Al poco rato oí estas palabras:

—Dame un fósforo, Luis.

Nuestro amo nos plantó de un porrazo encima de la mesa. La caja se abrió, y dos dedos se presentaron en el umbral.

—Rumor siento, dijeron varios de mis colegas.

Los demás callamos, esperando el primer fuego.

—¡Chás!

Esto fué lo que oí.—¡Me he salvado!—dije.

Un fósforo honrado acababa de morir por servir á un cigarro. ¡Ah! mundo injusto!

Mi amo y su amigo se levantaron, y salieron del café. La caja quedó sobre la mesa. Según pude oír, el hombre que nos había comprado se llama Luis Perez, y en aquel momento iba á visitar á una mujer de *ocultis*, y pertrechado de fósforos sin ruido! Me alegré de quedarme olvidado.

La mano de un mozo de café se encargó de nosotros.

III.

Durante dos dias no hicimos más que servir á los parroquianos del café.

Cada vez que oía—*Mozo, un fósforo!*—se me oprimía la cabeza.

Por fin al tercer día el mozo fué á ver á una moza.

Parece que la moza le quería, y que él gozaba en martirizarla. Esto es muy propio del corazón humano. Cuando un fósforo se quema nadie dice nada, y lo comprendo, porque á eso nacimos. Pero cuando una mujer se quema, el hombre se rie. Esto no lo comprendo.

En casa de aquella mujer me quedé olvidado con unas dos docenas de compañeros. El mozo se marchó, después de haberle dado á su amada una paliza de las de tres en siglo.

Ella se quedó llorando y rechinando los dientes. Le vió doblar la esquina, y en seguida colocó sobre la mesa en que yo estaba un vaso casi lleno de agua.

Se abalanzó á la caja en donde yo estaba, sacó algunos de mis compañeros, les cortó la cabeza, y echó las cabezas en el vaso.

Dos cosas hubiera yo sentido presenciar. La muerte de aquella mujer, y la mía. La mía más. Aunque fósforo, tengo algo de humano, y sé portarme como los hombres.

Era de noche. Aquella mujer, que se había bebido el agua *fosforescente*, comenzó pronto á sentir los efectos de la pócima... y gritó. ¡Cómo aman la vida los que van á morir, aunque se maten!

Mi caja estaba cerrada. Nada vi, pero sentí ruido, oí abrirse la puerta, y escuché.

El sereno, el inspector del barrio, dos veteranos y tres vecinas habían invadido el cuarto.

Yo caí en un bolsillo muy grande.

¿Dónde había ido á parar mi individuo?

Lo ignoraba.

IV.

Muchos dias pasaron sin que yo supiera en dónde me hallaba. Pude observar, no obstante, que al amanecer la prenda en cuyo bolsillo estábamos cuatro fósforos más y yo, caía sobre una silla y no volvían á cogerla hasta el anochecer. ¿Era un gaban? ¿Una capa? ¿Un sobre todo?

Una noche entró una mano en el bolsillo, y sacó tres fósforos. ¡Me quedé solo!

Los tres fósforos pasaron á otra mano. Uno de ellos fué encendido, y todo lo comprendí.

Habíamos estado en el bolsillo de la capa de un sereno. El sereno, viendo que uno de los vecinos á quienes solía abrir la puerta no tenía fósforos, le dió aquellos tres para que subiera hasta su cuarto.

V.

Desde aquel momento comencé á pensar en la otra vida. Era para pensar en ello. Solito yo en la caja, á la primera necesidad se abusaría de mí sin compasión.

El sereno se sentó en el quicio de una puerta, y comenzó á cantar.

Después entabló conversacion con uno de los guardias de la esquina.

Después comenzó á dar cabezadas, y se quedó dormido.

Reinaba un profundo silencio. Madrid dormía tranquilo, y en la calle no se oía más ruido que el de los pasos de los guardias, que se quitaban el frío andando de una esquina á otra de la calle.

De pronto se oyó un grito agudísimo en la casa á cuya puerta estábamos.

El sereno se despertó sobresaltado.

—¡Socorro! dijo una voz de mujer.

El sereno abrió la puerta, los guardias lo siguieron, se oyeron pasos precipitados en la escalera; un hombre que bajaba corriendo cogió al sereno por el cuello, y le hizo rodar cinco escalones. El farolillo se hizo pedazos, la luz se apagó... ¡Alto! gritó un guardia, y en seguida se oyó un tiro.

Reinó la confusion durante diez minutos. Despertó la vecindad, pero no salió nadie. ¡Luz! gritó no sé quién.

Llegó mi hora: el sereno me sacó de la caja... y me encendió, para mirar á un hombre que estaba tendido en la escalera.

Aquel hombre estaba muerto. En mi agonía pude reconocerle. Era Luis Perez, mi primer dueño.

Eusebio Blasco.

CABOS SUELTOS.

Continúan los periódicos religiosos defendiendo la Inquisición.

En el próximo número daremos á nuestros lectores una plana con ocho dibujos que no hay más que pedir.

El asunto se relaciona con las mujeres, presentándolas en casa y en sociedad.

Dice *La Regeneracion* que se está reformando la enseñanza á gusto suyo.

En Roma está el descuento de los billetes al 9 por 100.

En todas partes cuecen habas.

Sigue del Circo la escena de sombras y de aire llena, y hay quien dice, entre pesares, que el Circo es una colmena y el zángano Colmenares.

Se encuentra hace algunos dias en Madrid Mister Robinson, director del Museo de antigüedades de Kensington.

Parece que viaja por España con el deseo de adquirir tablas antiguas.

Estoy por venderle las de mi cama.

El novelista Parreño, muy señor mío y mi dueño, en letras largas de talle anuncia un libro de empeño sobre *El abismo y el valle*.

Si su estilo es siempre el mismo, y uno tras otro embolismo, es su novela mejor, me temo que el suscriptor no pasará del *abismo*.

Desde niño sé, como saben todos, que una de las primeras leyes de la física es la gravedad de los cuerpos.

Y sin embargo, ando buscando desde niño, y no he podido encontrar todavía, quien me demuestre la gravedad de un cuerpo.... de baile.

En un teatro de esta corte hay una actriz que tiene una madre... y un perro.

La otra noche bajaba la madre por la escalera del vestuario con el canino en brazos... ¡y cataplum! la infeliz resbala y rueda algunos escalones.

Su hija, profundamente conmovida, gritó:

—¡Cielos! ¿Se ha lastimado el perro?

Fábula.

Envidioso de un grillo, un elefante le dijo cierto día:

—¿por qué Dios no permite que yo cante y sufre tu infernal algarabía?

—El caso es muy sencillo,

le respondió chillando el pobre grillo: si en proporcion al cuerpo voz tuvieras como mi voz potente y entonada, acaso ni á tí mismo te sufrirías tras de tener la tierra alborotada.

Dios ha dado en su bondad á cada cual su atributo, y prueba de esta verdad, es que ser pobre y ser bruto es una casualidad.

El conocido banquero, Sr. Indo, se ha quedado con la contrata de construcción del edificio provisional que ha de servir para Exposición de bellas artes en el próximo año, y que se levantará en los terrenos de su propiedad sitos en la Fuente Castellana.

Yo de mi amistad prescindo, y algo espero de él muy lindo, que mujeres son las Artes, y yo sé que en todas partes las aloja muy bien Indo.

Parece que el periódico *La Hacienda* no saldrá por ahora con carácter político.

Entonces, ¿por qué se llama *La Hacienda*?

A un almacén de la Carrera de San Gerónimo ha llegado una gran colección de estatuas procedentes de Florencia y Roma.

Se cree que esté entre ellas la de Colón, que lo menos hace tres años que se piensa colocar en un sitio público de esta corte.

Y sigue la lluvia.

Para melones Galicia, para jamones Valencia, para lectura barata y sabrosa y succulenta no hay libro como los libros de á cuatro cuartos la entrega.

Anoche, al entrar en mi casa, me dijo la criada:

—Señorito, ahí tiene usted un abismo...

—¿Dónde?—le pregunté dando un paso atrás.

—Y un valle.

—¡Muchacha! ¿estás loca?

—No señor; así sentitula un papel que ha traído el repartidor, y que tiene usted sobre la mesa del gabinete.

—*El Abismo y el Valle*. ¿Qué abismo será este?—me dije al ver una bonita entrega color de canario —¿Será un abismo sin fondo? Y este valle, ¿será el de Andorra? ¿Será el de Josafá, como parece indicarlo su posición junto al abismo? Veamos.

Y á riesgo de sufrir un vértigo, abrí la entrega, me asomé á la cima y leí en voz alta:

«Poco á poco é insensiblemente fueron llenándose sus ojos de lágrimas, hasta verter un raudal que bañó sus rostros, trages, almohadones y pavimento.....»

¡Socorro! ¡una barca!....—grité al llegar aquí, pegando un salto y subiéndome á una silla.

—Pero, señorito, ¿eso es una inundación!—me dijo la criada, que había escuchado desde la puerta.

—No, hija, esto es un valle.... de lágrimas.

Yo he visto llantos que han escaldado las mejillas, y regado el pecho, y convertido los ojos en fuentes, lo cual es un llorar muy decentito; pero junto á ese torrente que, después de proporcionar un baño completo, empapa almohadones y se desborda por el pavimento, son llantos de tres al cuarto, que no merecen los honores de un pañuelo de algodón.

Si en el *Abismo* hay muchos raudales como el que dejo trascribo, una de dos;—ó no tiene maldito el fondo, lo cual es muy posible, ó se convierte al fin de la obra en un Océano.

Pero aguarden ustedes: algunas líneas más abajo, el autor asegura que el raudal de ese llanto duró ¡dos horas!.... ¡Dos horas sin que al Manzanares se le hincharan las narices, sin que el puente de Segovia se fuera por esos trigos echando demonios!.... ¡Imposible, señor autor! permítame Vd. que se lo diga.

Alcance.

Todavía no le ha llegado su hora al reloj de la Puerta del Sol.

En los robos por las alcantarillas no se ve luz.

No pasa un empresario por el teatro del Circo.

El arroyo Abroñigal ha tenido un disgusto por *murmurador*.

Se afirma.... el empedrado de la Carrera de San Gerónimo.

Nosotros solo nos atrevemos á creer.... en Dios.

PASATIEMPO.

Soluciones á la sección del núm. 6.º

Primera charada.—*Banquero*.

Segunda idem.—*Avellana*.

Geroglífico.—*Este periódico abre una serie de geroglíficos como esta muestra.*

CHARADA.

Tercera y prima, Pepito, en prima y segunda, vi, que recibías de terciá una caja de Pekin, y puedo decirte, Pepe, que apenas te conocí al verte ya sin el todo que tenías en Madrid.

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1866.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.



EN LA PELUQUERÍA.

—¿Dónde quiere Vd. la raya, en el medio ó al lado?
—¡Hombre! Donde Vd. encuentre pelos.

CURACION RADICAL DEL MAL HUMOR. ¡Á CUATRO REALES EL FRASCO!

De venta en la Administracion, HUERTAS, 40, pral., y en todas las librerías.



Vea el público que si elogiamos hoy el Almanaque, es porque no habiéndose publicado hasta ahora, nadie puede desmentirnos.

Se vende á 4 rs. en Madrid y 5 en provincias. Todo el que sea suscriptor de año lo recibirá gratis.

En el mismo caso estará el que se suscriba por un año de aquí al último de diciembre.

ÍNDICE

de las materias que contiene, con el nombre de sus autores y el delito que han cometido.

Juicio del año, por Rivera.
Las cuatro estaciones, por Lustanó.
Traducción del alemán, por Blasco.
Los amigos, por Rivera.
La herencia del tío, por Blasco.
Dolora.... de barriga, por Lustanó.
Las iniciales, por Palacio.
Infortunio, por Blasco.
Epigrama, por un Cojo.
En el teatro, por Robert.
Balada, por Balart.
La máscara y yo, por Rivera.
Reflexiones de un infeliz, por R.
La cortina, por Balart.
Duelo singular, por X.
Máximas, por Palacio.
Tragedia casera, por Blasco.
Música, por Balart.
Esclavitud, por Rivera.
El poema de la rosa, por el mismo sugeto.
La primavera, por Balart.
Al eminente artista Fortuní, por Palacio.
Comamos, por Blasco.
Cantares, por Carlos Cano.
De toda un poco, por.....
Un día de prueba, por Blasco.
Calendario cómico del amor, por Rivera.
Epitafios, por Ramos Carrion.

Ayuntamiento de Madrid